

LA GLOBALIZACIÓN: ¿DIMENSIÓN DE LA EDUCACIÓN HOY?

El fenómeno de la globalización nacido en la práctica en el orden económico, se expandió a lo social, político y cultural.

El hombre y su quehacer, razón de ser de la educación, manifestó esa expansión. Lo económico se fue extendiendo con el uso de su vocabulario y en buena parte por las nuevas técnicas de comunicación. Así hablamos de “recursos humanos” en la vida cultural y en la educación para proveerlos, si bien se trata de un término eminentemente económico. Algo similar ocurre con la terminología en uso en la "evaluación" educativa.¹ Fue apareciendo un "modelo" educativo producto del "consenso" más o menos gobernado por un grupo de poder cultural que no busca unirse a los demás para la búsqueda de la verdad, sino para la obtención de un "producto educativo" –por consenso- que conviene aquí y ahora a la sociedad que la globalización va gestando con intereses socio-político-económicos con fuerte acento en la economía.

Contemporáneamente, ya no se habla de naturaleza humana sino de una especie de “antropología socio-cultural” que considera a la naturaleza humana fundamentalmente “construida” por el hombre.

Los ataques a la objetividad en la noción de naturaleza humana alejan la posibilidad de concebir el modo de conocer y el tender humanos como una realidad específica, lo mismo que su afectividad y capacidad estética.

La antropología “constructivista” conceptúa el modo de ser del hombre partiendo del aspecto lingüístico y admite un trabajo hermenéutico y la tarea de "deconstrucción". Así, importa más el lenguaje del antropólogo que el objeto de su experimentación y estudio: el hombre, su ser y quehacer.

La post-modernidad se enfrenta al pensamiento realista, basado en Santo Tomás, porque le es imposible llegar a la objetividad del conocimiento, e intenta, desde una concepción relativista, cambiar la noción de objetividad por la noción de "neutralidad". De esta manera, el conocimiento no tiene objeto y se desvanece la misma gnoseología. Se deja así casi toda razón de ser individual o social de la "ciencia del hombre" y no sólo no interesa la verdad acerca de su naturaleza, sino que se interroga radicalmente

¹ En 1975 en el G6, los 6 países deciden la total liberación de los capitales y la privatización de la economía lo que da lugar a la globalización.

acerca de la capacidad del hombre para llegar a cualquier conocimiento que le permita perfeccionar su individualidad o su relación social.

En la educación se subraya hoy la "significación social del conocimiento", se deja de lado su significado conceptual y así se transfiere el acento del referente personal, naturalmente considerado, al referente social. La sociedad configura hoy la naturaleza del hombre y el fin que debe perseguir.

La dimensión significativa de la sociedad, por otra parte, no es objetivable, depende del espacio y del tiempo y de lo que las distintas culturas resultantes quieren resolver puntualmente como lo que importa al aquí y al ahora y no como lo que es y debe ser descubierto. El hombre se aboca con su voluntad a "construir" la naturaleza humana y lo hace con datos de la "voluntad social".

Sin duda, una posición tomista sostiene el modo de ser del hombre, es decir, la noción de naturaleza como un modo de ser "creado" y todo lo que de algún modo existe tiene su ser participado del Creador².

El intelecto humano –para Santo Tomás- es capaz de llegar a la verdad objetiva y la voluntad es libre. Y aunque esa voluntad debe perseguir un orden moral para que el hombre se ordene al bien de su naturaleza, puede también esa libertad negarse y también llevar al intelecto a negar la existencia de un Dios Creador.

Podemos discernir entre una "antropología social" como "constructivismo social" y una "antropología realista" fundada en la creación del ser y modo de ser del hombre por parte de Dios.

Pero, la antropología, fundada en el pensamiento tomista, no niega la relacionalidad del hombre y la explicita como parte de la naturaleza humana: el hombre – dice Santo Tomás- es "naturalmente animal social y necesita de muchos para alcanzar lo que uno solo no puede."³ E insiste Santo Tomás que también lo relativo a lo social se refiere a la naturaleza humana.⁴

² Cfr. *S. Theol.* I, q. 44, a.1, c. "...es necesario decir que todo ente, que de cualquier modo tiene ser, lo tiene de Dios: porque, si algo se halla en él por participación, necesariamente es causado en él por aquel, a quien el ser conviene esencialmente..."

³ Cfr. *S. C. G.*, L. III, cap. 128, 1

⁴ "Lo que atañe de un modo natural a una cosa exige que también lo sea aquello sin lo cual no puede darse: la naturaleza no falta en lo necesario. Es natural al hombre ser animal social, lo cual se demuestra por no bastar uno solo para todo lo necesario a la vida humana. Por tanto aquello sin lo cual no puede conservarse la sociedad humana atañe naturalmente al hombre." Idem, cap. 129 y cfr. *S. Theol.* I, q. 47, art.1, c. "...porque él ha dado el ser a las criaturas a causa de su bondad, la que quiere comunicar a ellas, y que por

El hombre, por lo tanto, debe interesarse por lo social, como por su individualidad, y más: “El bien común es mejor que el bien particular de uno. En consecuencia, el bien particular de uno solo ha de sacrificarse para conservar el bien común.”⁵

Colaborar con la educación de la persona humana supone tener en cuenta la identidad de cada uno y a la vez la relacionalidad de la persona, porque la educación debe ser personalizada y a la vez atenta a lo social hasta su extensión a la sociedad universal. Y esto no solo en razón de nuestra común naturaleza humana, sino también por el llamado que todos tenemos a la redención que Jesucristo vino a traer a la tierra y que la Iglesia continúa.⁶

Los misterios que Jesucristo nos reveló encierran –en el modo de enseñanza del Señor, mientras estuvo en la tierra, y en la continuación de la enseñanza de su Cuerpo Místico– contenidos y metodología esenciales a la identidad de la persona humana, a la vez que a su participación en una sociedad que sin dejar de ser regional y nacional entra en lo global.

La Iglesia Católica es una Institución universal por esencia, de modo que ella debería constituirse en el modelo de la globalización como lo indicó Juan Pablo II: “...a la globalización del lucro y de la miseria oponer una globalización de la solidaridad” pues, “los elementos de la sociedad deben cooperar para fomentar una globalización que esté al servicio de toda la persona y de todas las personas”. Y esto sólo lo manifiesta y lo proyecta la Iglesia de un modo esencial pues trae del pasado un caudal que potencializa el presente y encamina el futuro. Y Ella no ha cercenado ni la historia, ni la geografía, las ha asumido con sus caracteres universales y particulares a la vez.

ellas sea representada. Y, como no puede ser representada suficientemente por una sola criatura, ha producido muchas diversas; a fin de que las unas suplan lo que a las otras falta, para representar la divina bondad: pues la bondad, que en Dios es simple y uniformemente, se halla múltiple y dividida en las criaturas. Por consiguiente el universo entero participa de la bondad divina...”

⁵ Idem, cap. 146

⁶ Cfr. Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, cap. II El pueblo de Dios, Universalidad y Catolicidad del único pueblo de Dios, n° 13: “Todos los hombres son llamados a formar parte del Pueblo de Dios. Por lo cual este Pueblo, siendo uno y único, ha de abarcar el mundo entero y todos los tiempos para cumplir los designios de la voluntad de Dios, que creó en el principio una sola naturaleza humana y determinó congregarse en un conjunto a todos sus hijos, que estaban dispersos (cf. Jn., 11,52).

Para ello envió Dios a su Hijo a quien constituyó heredero universal (cf. He., 1,2), para que fuera Maestro, Rey y Sacerdote nuestro, Cabeza del nuevo y universal pueblo de los hijos de Dios. Para ello, por fin, envió al Espíritu de su Hijo, Señor y Vivificador, que es para toda la Iglesia, y para todos y cada uno de los creyentes, principio de asociación y de unidad en la doctrina de los Apóstoles y en la unión, en la fracción del pan y en la oración (cf. Act., 2,42).”

La Iglesia católica, insisto, fue siempre la única institución universal que como tal habló con cada hombre según su identidad; pero, en medio de esa diversidad supo, a la vez, unificar en un todo. Su experiencia de dos mil años de universalidad la hace *experta en globalización*, como lo es “en humanidad”.

Y así, tiene un profundo interés por cada persona⁷ a la que Dios llamó a la creación con una irremplazable misión y con la dignidad máxima de entablar un diálogo íntimo con Él. La segunda Persona de la Trinidad se hizo Hombre para acercarse a hablar con cada persona humana, asumiendo la paternidad, la hermandad, la amistad, la esponsalidad divinas, según las distintas misiones.

Y como elemento prioritario en ese camino hacia Dios, está presente la unidad universal por el hecho misterioso de que Jesucristo se queda con nosotros para continuar su existencia.

Lo hace por un camino que a través de los tiempos se acerca de tal manera a la Persona del Verbo que somos una sola realidad con Él: “Vivo yo, no ya yo, vive Cristo en mí”. A la vez que salimos de nosotros mismos y nos asimilamos a Él, lo hacemos también – por medio de Él- con la comunidad de nuestros hermanos. Logramos con ellos una unidad.⁸

Es que Él mismo se quedó en la Eucaristía. Pero la comunión – como aclara Ratzinger- no es simplemente un rito comunitario: “es siempre un proceso personal”, “por ello también una comunión espiritual”⁹.

La comunión deviene tal porque con ella somos profundamente nosotros mismos; se trata de emerger realmente con nuestro yo y entrar a participar de esta nueva comunidad del Señor, “salir de nosotros mismos para ir a Él. Así la majestad de Dios viviente viene con Él hacia nosotros, y al unirnos con Él significamos inclinarnos a Él – adorarlo- y abrirnos a su grandeza.”¹⁰

Debemos tener – dice Ratzinger- un espíritu de adoración que preceda, acompañe y siga a nuestra comunión sacramental para liberarnos de nosotros mismos y encontrarnos con la comunidad humana.

La educación debe responder a la naturaleza humana y a las necesidades de la sociedad. Y así como toda persona debe tener en su quehacer como modelo a Jesucristo, así su educación debe tener a Jesucristo, su enseñanza y vida, como

⁷ Cfr. In *IV Sententiarum*, dict. 24, q. 3, art. 2c, c.

⁸ Cfr. J. Ratzinger, *Il Dio vicino*, San Paolo, Roma, 2003.

⁹ Idem

analogado principal. Y la Iglesia y su ser deben constituirse en el modelo también de la sociedad y del bien común internacional – o sea global- para que el fin de la educación en el hombre de hoy pueda darse adecuadamente.

Sabemos que al educar a las personas tenemos como fin que posean una visión del mundo, o sea, alberguen principios, valores y actitudes acordes a una jerarquía de valores que une naturaleza y sobrenaturaleza. Por otra parte, es propio del hombre buscar que el mundo cumpla su fin: sea casa de Dios¹¹. Dios mismo lo hizo notar al colocarlo en el mundo donde, tanto en el orden de la naturaleza -donde Dios como Creador ejerce su papel de participar su ser a todas las creaturas y asume así la vida del hombre y su entorno- como en el orden sobrenatural cuando Dios Redentor lo lleva a su familia divina y hace del mundo su casa desde la vida en el tiempo. Porque “la muerte no es la última palabra de la existencia humana”, esperar la vida eterna no es esperar simplemente el más allá de la muerte. La vida eterna es una cualidad de la existencia, puede estar presente en medio de la vida terrena y de su fugaz temporalidad.”¹²

“La vida eterna está en el centro del tiempo, cuando se logra estar cara a cara con Dios; en la contemplación de Dios Vivo y así resulta el fundamento sólido de nuestro ser y actuar.

Si la globalización es entendida como universalización es una dimensión a considerar particularmente en la educación hoy y a tener en cuenta, porque considera la persona y la comunidad universal. Esa universalidad se da fundamentalmente en una concepción realista.

El fin de la educación como visión del mundo –decíamos- nos lleva al mundo casa de Dios, porque “en el momento en el cual el que ora entra en el santuario afirma su propia pertenencia a la comunidad de la fe”¹³. Y respecto de la realidad, vuelven a manifestarse sus verdaderas prospectivas como dice el salmo (73,23-26 y 28) que trae Santo Tomás: “*Yo estoy siempre contigo; Tú me has tomado de la mano derecha. Con tu consejo me guías y después me tomas en la Gloria. ¿Qué tengo yo en los cielos?. A ningún otro ser yo ansío sobre la tierra. Puede desaparecer mi carne y también mi corazón: la roca de mi corazón y mi alimento es Dios para toda la eternidad!...Mi bien es sólo estar cerca de Dios*”. Este texto nos recuerda el evangelio de San Juan (17,3)

¹⁰ Idem

¹¹ Cfr. L. M. Etcheverry Boneo, *El mundo casa de Dios*, Asociación Argentina de Cultura, Bs. As., 1970.

¹² Cfr. J. Ratzinger, *El Dio vicino*, idem

¹³ Cfr. J. Ratzinger, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1992

“*Esta es la vida eterna: que yo te conozca a Ti Dios verdadero y a Aquél a quien Tú enviaste Jesucristo*”. Se trata, como dice Ratzinger, de “ la línea de separación entre la vida eterna y la vida temporal, línea que pasa justamente en medio de nuestra vida en el tiempo”¹⁴ porque como dice San Juan “*Quién escucha mi Palabra y Cree en aquél que me envió tiene la vida eterna, ha pasado de la muerte a la vida*” (5, 24 s) Y lo repite a propósito de Lázaro: “*Yo soy la resurrección y la vida. Quien cree en mi, aún si muriera vivirá, y aquél que vive y cree en mi no morirá jamás*” (Jn. 11,25).

San Pablo estando prisionero escribe a los filipenses: “*para mi vivir es Cristo y morir una ganancia*” (1,21-24) Y en la epístola a los Romanos “*Si vivimos, vivimos por el Señor, si morimos, morimos por el Señor: por lo tanto sea que vivamos, sea que muramos estamos siempre en el Señor* (Rm. 14,8 s)

Ratzinger continúa haciéndonos presente que el “estar cara a cara con Dios no tiene nada de egoísta, no hay ningún retiro a lo privado, sino justamente se da la liberación del yo que es lo que hace devenir plenamente sensata a la eternidad. Una infinita secuencia de instantes sería inaceptable; pero, el recogerse de nuestra existencia en la única mirada del amor de Dios no transforma sólo la finitud en eternidad, en el hoy de Dios, significa además la comunión con todos aquellos que han sido acogidos en el mismo amor”¹⁵

Y son estos los elementos base de una educación concebida como perfeccionamiento de cada ser humano y de toda la comunidad. Cabe entonces preguntarse si la globalización es la dimensión de la educación hoy, o cabe más bien decir si acaso la educación cristiana no debe contemplar más acabadamente la universalidad de la Iglesia para lograr una educación que hoy y siempre debió ser universal y con las características del tiempo y espacio eclesiales.

La respuesta cabe a cada educador, a cada institución y a la política educativa contemporánea. Y es obvia.

Lila B. Archideo

¹⁴ Cfr. idem

¹⁵ J.Ratzinger, *Il Dio vicino*, cap. La mia felicità e stare vicino a Dio.